

Recordar, compartir, aprender

Oviedo

Angelina Nomperte, 85 años

Alicia de Mendieta Alvarez, 24 años

MIL PALABRAS

Cuando conozco a gente humilde, siento que me gustaría tener lo que ellos tienen. Esa capacidad de no necesitar nada más que lo que la vida les ofrece. Cuando me hablan de su vida, es la vida la que habla a través de ellos. Miro su aspecto, sus cosas, sus gafas, su ropa... y por más que mire, no puedo ver estas cosas materiales; porque sólo los veo a ellos.

De todas las residencias que podían haberme tocado visitar, casualmente, fui a dar en la que, cuando yo era niña, di mi primer concierto. Fue con el coro del pueblo y cómo lo recuerdo. Nunca recibiríamos tantos aplausos, ni tal acogida. Nosotros éramos unos niños; sí, humildes, con ganas de vivir... quizás por eso aplaudieron tanto. Quizás tuvimos la suerte de que nuestro público se viera a sí mismo en nosotros. Con este recuerdo entré por la puerta todas las veces que visité a Angelina.

Cuando acudí a la primera cita con ella, sentí miedo a la autenticidad de la iniciativa, miedo a la libertad de encontrarme con Angelina, miedo al criterio con el que ‘daban’ permiso a los ancianos de la residencia para participar...

Sin embargo, en el momento en que vi a Angelina todos esos miedos se disiparon. Venía caminando firmemente por el hall hacia mí, que estaba en la recepción, con unas enormes gafas de sol “demasiado lujosas para su gusto”, como luego me dijo, pero que debía llevar por la reciente operación de cataratas.

En cuanto nos sentamos, se quitó las gafas, se me acercó y por primera vez en mucho tiempo, sentí que estaba acompañada de una persona que me miraba a la cara y no por encima del hombro, y que valoraba enormemente lo que estaba haciendo.

Una joya. Amable, cariñosa, atenta y sencilla. Y optimista, una gran optimista. El clima del ambiente que había a su alrededor, era distinto. Esta mujer emanaba sencillez y humildad: en su postura, en las cosas que contaba... pero, también, orgullo del bueno, el de ser ella misma, ser quien era y por ello ser feliz.

Angelina es feliz. Angelina me contó que se había criado en el pueblo de Faro, aquí en Asturias, cercano a Oviedo, pero en sus tiempos, a una larga caminata. La historia que quería contar era cómo uno de sus ‘profesores’ (José) dentro de la residencia dónde vivía, le llevó un día un libro que hablaba de la cerámica típica de su pueblo, y cómo se emocionó al ver a los alfareros del pueblo y a su familia. Eran sus vecinos, sus amigos de la infancia. Todos los niños bajaban a la casa de Francisquín el alfarero cuando iba a meter las piezas de barro en el horno, y para ellos era una fiesta.

Si llovía, bajaba descalza para no gastar las alpargatas, pues tendría que esperar muchos meses para tener unas nuevas. Por el camino, no se atrevían a robar ni una cereza para no tener que confesarse y las niñas no se aplisaban sus sencillos vestidos.

Otros días, caminaba algunas veces hasta Oviedo y otros, cogía el tranvía en Mieres para ir a coser a casa de algunos señores.

A medida que iba hablando, me encontré más y más cómoda a su lado. Me contaba con lúcida sencillez su vida, sus pequeñas cosas y anécdotas. Ella no recordaba triste. Sonreía, estaba alegre. Yo sentí que era un gran ejemplo y me di cuenta de que yo sí estaba triste, a pesar de las cosas que tenía. Su ‘contento’ era distinto al que solemos conocer. Ella me dijo “La cara alegre aunque el corazón esté llorando”, “Quién me ve al sol no sabe de mi dolor”, y comprendí que había vivido tiempos muy duros y que aun así, los recordaba con amor.

Recordar, compartir, aprender

Amaba su vida. Le resultaban, ¿cómo decirlo?, vitales, auténticos... No como los de ahora; donde el corazón tiene un gran anhelo de volver a ser el protagonista.

En seguida coincidimos en que la vida sencilla es la más grata, nuestra manía por los ordenadores y nuestro amor al campo, a los animales, a la autosuficiencia.

No nos gustan cómo son ahora las lechugas, ni que los huevos no sepan a nada, ni que tengas que ser millonario para tener “un huerto y cuatro gallinas”.

Angelina habla muy bien, de forma sencilla y muy educada. Sabe hablar y escuchar. A pesar de que yo soy muy reservada, no me costó acercarme a ella y dejar que fuera tan cariñosa conmigo.

La encontré tan transparente...

Me contó cómo recordaba el día que su padre volvió de la Guerra de Melilla, cómo ella estaba sentada sobre la chapa de la cocina y él la cogió en brazos. Todos los vecinos lo recibieron con abrazos, y esa noche su padre no durmió en la cama, pues se le hacía hasta extraño hacerlo.

Sucesos aparentemente sencillos, historias dentro de su historia... Aunque quisiera no podría contar todo lo que me hizo llegar con sus anécdotas. Me gustaría tener más de mil y cien mil palabras disponibles para contar historias cómo ésta, en la que se recuerdan los abrazos al regreso en lugar de la angustia de la ausencia, el andar descalzos y sentir la hierba en lugar de la pobreza de no tener ni para zapatos, la belleza del campo en lugar de su más lado más duro... Es todo eso lo que hace distinto el cuento.

Por eso, cuando un día la hija de Angelina y yo coincidimos, me habló de la vida “llena de miseria” de su madre y que la supuesta “tristeza de vivir en una residencia de ancianos” era la mejor época que su madre había pasado, me sonó ajeno. Parecía otro cuento distinto, otra persona de la que hablaba.

No hay ninguna de estas dos realidades que no sea cierta, pero lo que sí es cierto es que la forma de ver las cosas puede cambiarte la vida.

LO IMPORTANTE DE LA VIDA

Pienso en Angelina, la persona que acabo de conocer. Recuerdo cómo hablaba con ella de su vida, de sus ilusiones, de su felicidad... las cosas que conforman la persona que es.

Pienso en lo que me llevó a presentarme a este concurso: mi propia ilusión, mi deseo de escribir, de utilizar mi talento invisible.

Pienso en el campo, en Angelina, en su vida y en la mía.

Angelina me dijo que había visto mucha miseria, que apenas tenía nada. Entonces, si era tan mísera su vida, ¿por qué son tan gratos sus recuerdos?

Aquí estamos todos nosotros esperando empezar a vivir, cuando estemos más y más preparados... ¿Nos hace esta inquietud constante miserables o no, con todos nuestros zapatos, ordenadores y coches? ¿Tenía la generación de Angelina la mitad de lo que nosotros tenemos? O mejor aun, ¿tenemos nosotros siquiera la mitad de lo que tenían ellos?

¿Qué es la miseria? ¿Es o no miserable que tantos y tantos de nosotros estemos aquí sentados, en una biblioteca, o en una universidad, en un trabajo basura o en cualquier otro sitio esperando el milagro que nos teletransporte a la vida? ‘Aquello’ que nos vuelva a hacer sentir que estamos vivos. Tener una vida, una vida dura y estupenda, una vida como tuvo y tiene Angelina... un sitio donde no estar siempre esperando el siguiente y el siguiente paso, sino pisar cada uno con garbo y gusto. Aunque fuera descalzos.

Lo que más me impresionó de esta mujer es que está orgullosa de la vida. No sólo de la suya, sino de La Vida; algo que muchos de nosotros hemos dejado atrás ante el bombardeo de exigencias, expectativas y posibilidades ‘modernas’.

Vivir, sólo vivir. Eso es Angelina.

Que fácil suena y cómo me gustaría.